



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE DICIEMBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Sepelios

SOLO, DE COLADA...

OLGA DE LEÓN G.

El olor a incienso a lirios y nardos, la mareaban, le provocaban náuseas y dolor de cabeza. Pensó mucho antes de ir, si podría tolerar los cuarenta minutos que duraba la misa en ese ambiente: lúgubre, húmedo y asfixiante. Tal se dijo mentalmente, mientras se repetía muchas veces; tendré que soportarlo; es el padre de mi mejor amiga. No podía argumentar ninguna excusa, sería muy mal vista su ausencia, ya en el velorio, y ahora en la misa también.

Se acomodó lo más retirado posible del altar, más bien cerca de la salida o entrada al templo. Harían unos tres minutos que la misa había iniciado. Antes había recorrido con la mirada las filas de las bancas, antes de pensar en sentarse en algún lugar lejos del atrio. Buscaba a su amiga, o a alguna de sus hermanas: no vio a nadie conocido.

Entonces la asaltó la duda: ¿estaría en la iglesia correcta? Preguntó a una mujer de edad media, si sabía cómo se llamaba la iglesia. ¿Cuál busca?, le regresó por toda respuesta la mujer, no sin cierta molestia dibujada en el rictus de las comisuras de sus labios. No estoy segura, creo que la de Santa María de Chapalita... No, esta no es.

Se salió del templo y ya afuera llamó por el celular a su amiga:

-Creo que me confundí o me perdí. No sé a qué iglesia debo ir. ¡Disculpa!, ¿puedes orientarme?

Solo pudo escuchar algo de los sonidos propios de la misa y la voz del cura. Pasado un minuto, una voz le dijo:

-Te acabo de mandar el mapa por Google y la ubicación precisa. También el nombre de la iglesia, es la Catedral... No puedes confundirte. Gran alivio, eso sintió... Su problema estaba resuelto, si tuviera Internet en su celular y, ¡si trajera su GPS! Entonces recapacité, ella dijo que era en la Catedral, eso es. ¡Así sí llegaré! Y, llegó: diez minutos antes de que terminara la misa. Casi no escucho al cuarteto de clásicos que tocaron durante el servicio.

-Ni modo, se dijo y, nuevamente, en este otro templo en el que ella suponía había sido la misa, inició el recorrido visual de las bancas de la iglesia, esperando ver a su amiga o alguna cara conocida. Pero no, a nadie reconoció; solo gente muy trajeada, muchos hombres mal encarados y mujeres relucientes de joyas. Para entonces, tenía la vista nublada y el mareo era ya muy intenso, los aromas de la iglesia la dejaron casi inconsciente a la salida de la capilla.

Había alcanzado a sentarse, antes de perder el conocimiento. Fue en ese instante, cuando las voces las escuchó nítidas y muy claras, a pesar de su perturbación por los aromas a incienso y flo-

res de panteón: ¿qué hace esta mujer aquí?, ¿quién la invitó a venir? Ella quiso decirles, contarles que era muy amiga de una de las hijas del difunto.

Para su fortuna, no lo hizo. No pudo decir nada. Entonces, dos de los dolientes, escudriñaron su rostro y exclamaron; no es... No es ella. Pero, cómo se le parece... como si fuera su hermana gemela.

Alguien la ayudó a levantarse de la banqueta a donde la habían arrojado dos deudos de ese, quien quiera que fuera el difunto, y la ayudó a cruzar la acera, para depositarla en una de las bancas del parque que estaba frente a la iglesia.

En cuanto se repuso un poco del tremendo susto que se llevó, pensó y exclamó, solo para ella misma, en voz muy baja: ¿qué ando haciendo yo en estos lugares? ...Y, entre gentes desconocidas, de sabrá Dios de qué calaña serán. Ya ni le importó su amiga, ni saber si había estado o no en el velorio-misa del padre de aquella.

A partir de entonces, cada vez que pasa por una iglesia o templo, siempre se persigna, pero ni por mera casualidad o error piensa en entrar en alguna de ellas... A menos que se trate de bautismos, de celebraciones por la vida, o de bodas, celebraciones del amor; pero, no de la muerte... ¡Ah!, y siempre y cuando, no la hayan invitado, desde aquel desagradable evento, solo le gusta ir: ¡de colada!

EL ACARREADO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Estacionó el auto junto al módulo del valet parquin y este último se acercó para abrirle la puerta. Julián no bajó inmediatamente. Cerró la aplicación de Waze que lo había guiado hasta el lugar. El valet desesperó y fue a atender la llegada de otro auto. Eran las seis treinta de la tarde y comenzaba a oscurecer. Julián descendió y no encontró a nadie. El hombre salió de la caseta con un pedazo de cartón que le entregó. Julián subió tres escalones y escuchó a otro hombre de traje, delgado como quien pasa hambres y con el cubrebocas puesto, decirle: "Dígame". Julián respondió: ¿Qué espera que le diga? El de huesos rectificado: "¿Cómo puedo ayudarle?" "Vengo a la capilla número tres". "Pasando las bancas de madera hay una puerta de cristal, ahí es." Probablemente Julián no era consciente de que no sabía a qué capilla venía, ni el nombre de la fallecida; pero siguió las indicaciones.

Cuando estuvo frente a la puerta de madera, asomó las narices y recorrió visualmente a cada uno de los asistentes en los sillones pegados a las paredes, sin reconocer a nadie. Una pareja salió y le dijo: "¿Con quién viene?" Julián se dio cuenta de que no sabía ni eso. Buscó el nombre del fallecido en la pizarra negra



con letras de plástico junto a la puerta y vio el nombre de un tal señor Alfredo. "Creo que no es aquí". "Yo creo que no", dijo la mujer, "nosotros somos los hijos y no lo reconocemos". "Creo que vengo a la capilla número dos". Entonces es exactamente aquí, pero del otro lado. Julián regresó con el flaco y lo pasó de largo para entrar al edificio por la otra puerta de cristal.

Recordó que su mujer le había dicho. "Entrás... y es la segunda capilla". Pasó la primera y se fue directo a la segunda. Volvió a meter las narices. Al fondo, una mujer se levantó del sillón. Reconoció a su cuñada y entró. "¿Dónde está tu tío?", ella lo guio con la mirada. Julián se acercó al familiar político. "Gracias por haber venido".

El lugar estaba atiborrado. No podía ni respirarse bien. Julián se acomodó de pie, junto al sillón donde estaban sentadas su cuñada y su suegra. Su esposa había dejado el velorio porque todavía tenía que dar una psicoterapia. A Julián le animaba que en dos horas llegaría un trío. "¿Qué tipo de trío?", le preguntó a su mujer cuando se enteró. De los de "Sin ti", y ella comenzó a cantar el bolero de Los Panchos. "Ah, claro". Él, fanático de la música clásica, había pensado en un trío de piano, violín y chelo.

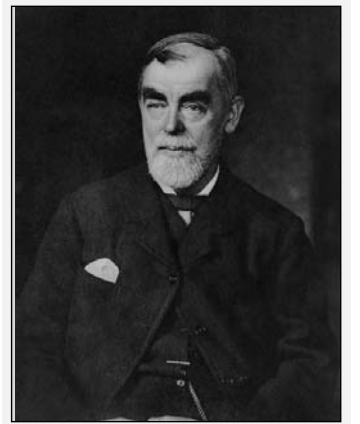
Luego del trío vendría la misa. La cual también le emocionaba porque era de las pocas veces en que creía que podía escuchar a un sacerdote hablar sobre cosas que le parecían inmediatamente trascendentales: Misa de muertos. Y luego llegaría el mariachi: él aprovecharía para cantar como cuando acudía a las cantinas del centro de la ciudad.

Estuvo quieto y de pie una hora. En su celular buscó: "Starbucks cerca de mí". Arribó su conjuñado. Le comentó su plan. "Aquí hay té" y se encaminaron

a la mesita del café. Encontró agua caliente y sobres con hierbas. Julián se preparó un té verde. Divisó una caja de plástico con galletas dulces. Ni él ni su conjuñado se alejaron hasta que acabaron con media caja. Luego fueron a recargarse al muro de enfrente para continuar la plática. A los cinco minutos, un hombre se les acercó para preguntarles: "¿Una galletita?". "Gracias, ahorita". Cuando el tipo de alejé, Julián preguntó: "¿Nos vio?" "Muy probablemente".

Faltando quince minutos para que arribara el trío, Julián recibió llamada de su mujer. Salió a la calle para hablarle en voz alta. Que el tráfico estaba cargado y que alguien debía recibir a los músicos. Julián lo haría. Volvió a la capilla. Encontró dos nuevas cajas de galletas dulces en la mesita de café. Abrió una y tomó seis galletas con una servilleta para luego ir a sentarse. El lugar estaba medio vacío. ¡Qué desperdicio que la gente se vaya cuando va a haber música! Se sentó cómodamente y esperó. Finalmente descansaba. Miró los arreglos florales junto al fèretro y notó que eran distintos. "Claro, para que el trío pueda tocar bien". Sintió frío y se dirigió al sitio donde había dejado su chamarra, en el sillón de su suegra y cuñada, ahora ocupado por otras personas. "Disculpen, ¿no vieron por aquí una chamarra?". "¿Una delgadita?" "Sí". La mujer se levantó y abrió el cuarto reservado para los familiares. "¿Es esta?". Julián no la reconoció. Entonces, otra mujer le preguntó: "¿Está usted en la capilla correcta?" Julián miró de reojo al muerto. Un hombre. "Creo que no", y salió del lugar.

Para cuando encontró la capilla correcta, el trío había iniciado su concierto. "Esto me pasa por venir de acarreado", se dijo Julián mientras iba a acomodarse nuevamente de pie junto a su suegra y su cuñada.



Samuel Butler

(Langar Rectory, 1835 - Londres, 1902) Escritor filosófico, humorista y novelista inglés que cultivó asimismo la pintura, la música y las ciencias biológicas. Inclinado a los estudios religiosos por tradición familiar, luego de una crisis interior se dedicó, entre 1860 y 1864, a la cría de ovejas en Nueva Zelanda.

Al regresar a Londres, las exhortaciones de su amiga espiritual Mary Anne Savage (la "Aethea" de The Way of All Flesh) le indujeron a escribir libros (casi todos ellos publicados por su propia cuenta), en los que satirizó duramente las tradiciones religiosas y los conformismos morales de la sociedad victoriana (Erewhon y Retorno a Erewhon), así como también los sistemas educativos de que él mismo había sido víctima.

Su obra más conocida y sin duda excelente es la gran novela The Way of All Flesh (literalmente "el camino de toda carne", pero en realidad una frase hecha de la Inglaterra decimonónica que significaba el tributo que se paga a la muerte), que no se atrevió a publicar y se editó póstumamente, por expreso deseo suyo, en 1903. Escrita llevada al límite todos los recursos realistas en la composición y caracterización de personajes, esta obra es un vasto y cruel fresco de un hogar victoriano de cuatro generaciones de la familia Pontifex, con sus ramificaciones económicas, religiosas y familiares. Fue, por ello, modelo de parte de la narrativa de fin de siglo, centrada en el cuestionamiento de la figura paterna como sede del poder autoritario.

Hombre metódico y solitario (permaneció soltero y, cosa rara tratándose de un inglés, no perteneció a ningún club), viajó mucho, sobre todo por Italia, país del cual describió con simpatía las tradiciones, costumbres y obras de arte (Alpes y santuarios del Piamonte y del cantón Ticino, Ex voto). Fue un espíritu singular; y así, en los estudios de biología, que, sin embargo, llevó a cabo sólo como aficionado, manifestó su propia independencia y se opuso a las teorías darwinistas (Vida y costumbre), y en el campo de los problemas filológicos formuló la peregrina hipótesis según la cual la Odisea habría sido escrita por una mujer siciliana (Sobre el origen trapanés de la Odisea, La autora de la Odisea, "Humour" de Homero).

Admirador de Haendel, compuso también obras musicales, por lo general oratorios al estilo de los de este gran músico. Los contemporáneos le juzgaron un ecléctico y un polígrafo; G. B. Shaw revalidó su obra. Samuel Butler influyó más o menos directamente en Galsworthy, Walpole, Wells y Orwell, y en la actualidad se le considera un clásico, parangonable a Sterne y Swift.

ad pèdem literae

El único medio de conservar el hombre su libertad es estar siempre dispuesto a morir por ella

Diógenes de Sinope

Letras de buen humor

Cuando estoy entre locos me hago el loco

Diógenes de Sinope

Marta Rebón

Mujeres, vida, libertad

Todas las guerras se parecen, pero cada una es terrible a su manera. Cuando hace seis años, en un escritorio de la medina de Tánger, acabé de traducir al catalán Los muchachos de zinc de la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich, flamante XXXIV Premi Internacional Catalunya, no me imaginaba un presente que me recordaría tanto aquella guerra brutal descrita en esas páginas al detalle. Entonces parecía ya solo una lección del pasado, pero quedó desmentido con la invasión ilegal de Ucrania. Actuaciones del ejército o gobierno soviéticos se han repetido ahora, pero con medios más refinados en cuanto a propaganda y extorsión. Lo que sigue igual: las víctimas inocentes del territorio invadido, soldados jóvenes y pobres como carne de cañón a los que se les aseguró que serían recibidos con júbilo y abrazos, la censura informativa (en el caso de la guerra ruso-afgana, para ocultar las pérdidas humanas, los ataúdes sellados se enterraban de noche), la apología belicista respaldada por el pasado "victorioso" y la negación de que se libraba una guerra...

La historia no avanza en línea recta como la pieza del peón sobre el tablero cuadriculado, sino dando saltos, a los lados, adelante y atrás, como el caballo. "No estaría mal escribir un libro sobre la guerra que provocara náuseas, que lograra que la mera idea de la guerra diera asco", confiesa Alexiévich en La guerra no tiene rostro de mujer. Y bien que lo hizo, no solo dando voz a los protagonistas anónimos—"el proletario mudo de la historia, que desaparece sin

dejar huella"—, sino tejiendo un texto desde la mirada femenina, que no se tiene en cuenta tampoco cuando se firman acuerdos de paz. "No logro quitarme de encima la sensación de que la guerra es fruto de la naturaleza masculina", concluyó.

Me pregunto quién lee estos libros a menudo acompañados del adjetivo necesarios: ¿los leen quienes tienen entre sus manos el timón de los gobiernos y las instituciones internacionales? En un reciente título sobre liderazgo escrito por un conocido diplomático se elogia las virtudes de la lectura profunda (deep literacy) como una herramienta para lidiar con la realidad cambiante y encontrar la proporción en medio del caos: "Los libros registran las hazañas de los líderes que alguna vez se atrevieron mucho, como una advertencia". Todo lo necesario para construir un mundo menos violento está ya impreso en papel. Sin embargo, según recordaba en la entrega del premio Formentor la escritora Liudmila Ulitskaya—como Alexiévich, emigrada forzosa en Berlín por la persecución de la libertad de expresión de Putin y Lukashenko—, la "hazaña de leer" está de capa caída, y libros que explicaron el oscuro pasado soviético, liberados para el gran público durante la perestroika (Grossman, Solzhenitsin, Vladímov, Chukóvskaya, Ajmátova...), no fueron interiorizados, pues al cabo de poco "el pueblo votó a favor de un personaje formado en las viejas tradiciones del KGB. De ahí crecen las raíces del estalinismo que renace en nuestro país".

Y vuelvo al libro de Alexiévich sobre



la guerra de Afganistán, el mismo lugar donde hoy niñas y jóvenes dan la vida por querer estudiar en una dictadura de hombres, y encuentro una confesión que un consejero militar le hace a Alexiévich: "Digan lo que digan, es bueno que haya acabado así, en derrota. Eso nos abrirá los ojos...".

Pero los ojos no se abrirán, ni siquiera en la derrota, si una y otra vez la voz femenina no se abre paso de una vez por todas, portadora de una verdad que hoy gritan las iraníes a pleno pulmón, quitándose el pañuelo que niega su libertad, haciendo el dedo a los retratos de los radicales religiosos, parando el tráfico y plantando cara a la policía de la moral: "Mujeres, vida, libertad". La fórmula de la paz expresada con los tres elementos

fundamentales que la conforman. Allí donde la mujer no es subyugada por el hombre, allí donde se respeta la vida en todas sus manifestaciones, allí donde la libertad es la base de las relaciones humanas, no arraigan los sueños imperialistas ni la cultura de la guerra y la dominación. "Hablen de lo que hablen, las mujeres siempre tienen presente la misma idea: la guerra es ante todo un asesinato... He comprendido que para una mujer matar es mucho más difícil", observó Alexiévich.

La guerra iniciada por Rusia nos ha recordado aquella hipótesis de que, con más mujeres en los círculos de poder, menos militarista será la política. Pero aún no hemos tenido agallas de intentar lo siquiera.